



# EL ALUMNO PROFESOR

Hace ya unos años vino a mi despacho de la Facultad un estudiante de 2º para decirme que tenía gran interés por la asignatura que yo impartía, Derecho Eclesiástico del Estado, y que le gustaría colaborar o hacer algo que le pusiera en contacto práctico con ella. De todo inútil fue recordarle que habría de cursarla dos años después, al llegar a 4º, con tiempo, pues, más que suficiente para hacer proyectos y tomar una decisión tras haber conocido otras de la carrera. Insistió en su propósito. Y lo hizo de tal manera y tal decisión mostró, que en ese mismo año, ya en el curso siguiente, tuvo una activa y eficaz participación en el II Simposio sobre la libertad religiosa con una aportación sobre Joseph de Maistre.

Llegado a 4º, no sólo acudía regularmente a las clases de mañana, sino que volvía a repetir presencia en las de tarde volviendo a soportar las mismas o parecidas. Igualmente inútil resultó decirle que lo dicho en éstas venía a ser, con ligeras variantes, lo ya explicado horas antes. Debí pensar, recordando el dicho popular: doble oído, conocimiento adquirido.

El estudiante se llamaba Àlex Seglers Gómez Quintero.

Desde ese primer momento se inició una relación de una docena de años, los que tendría de vida, en la que con gusto desempeñé el papel de profesor, mentor, confidente, compañero y amigo, sin que faltara un matiz paternoflial. En las innumerables comidas que compartimos hubo ocasión de hablar largo y tendido. Por supuesto, de Derecho. Pero las más de las veces de literatura, de arte, de cine, de cultura en general. De su familia. De una madre sacrificada por sus hijos. De unos hermanos que en más de una ocasión compartieron mesa con nosotros. De una abuela, castellana vieja asentada en Cataluña, con un aguzado espíritu crítico que hacía patente durante la escucha de los telediarios. De sus novias. De los artículos que publicaba en el Diario de Sa-



badell y después en La Vanguardia. De sus problemas y sus preocupaciones. De sus ilusiones. De sus deseos. De sus aspiraciones. De su mujer. De su hijo.

Con avidez absorbía comentarios y orientaciones sobre novelas, ensayos o libros de historia que no había tenido ocasión de leer y que se apresuraba a añadir a su acervo cultural en un incansable afán por ampliarlo. Y con atención reverencial y admirada, no por mí sino por las figuras de que le hablaba, escuchaba anécdotas y datos personales de los maestros que yo había tenido la ocasión de tratar: Lombardía, Giacchi, D'Avak, Kuttner, Gaudemet, Plöchl, Mörsdorf...

Si tal relación pudo tener para Àlex alguna influencia provechosa, de mayor utilidad resultó para mí. En especial cuando una larga treintena de años de docencia comienza a mostrar los signos del tedio y hastío que generan tanta mediocridad circundante y tanta apatía e indiferencia. Era el revulsivo necesario para mantenerse, para seguir.

Fue una excepción. Espíritu inquieto, a quien todo interesaba. Personalidad con claro objetivo, que alcanzó contra las opiniones de familiares y amigos que le animaban a mantener una situación laboral ya conseguida. Vitalidad incansable, con nuevas ideas y nuevas cosas que hacer. Trabajo infatigable, que no paraba hasta conseguir llevarlas a efecto. Entusiasmo desbordante, que contagiaba a todos los que le rodeaban. Amistad sincera para éstos, a quienes evitó el dolor de su enfermedad última.

El alumno llegó a profesor —y muy bueno— que supo transmitir su interés por la asignatura y el estudio. También fue profesor mío, volviéndome a enseñar todo lo que el paso del tiempo iba haciendo caer en el olvido.

Mucho más cabe decir, pero no es fácil. Los sentimientos, cuanto más profundos resultan más imposibles de traducción. Y no me toca a mí, no quiero hacerlo, hablar de su obra científica. Otros lo harán en laudó académico. Por encima está la persona. Si los clásicos decían que verba volant, scripta ma-



ment, hay que decir aquí que lo escrito, permaneciendo como escrito, puede ser modificado, contradicho o repudiado. Pero lo hablado, lo confesado —en suma, lo que uno es— para siempre permanece en quienes lo han oído, en especial cuando lo dicho son ilusiones, confidencias, deseos, retazos de la propia vida.

Apenas le quedaban unos días para llegar a esa edad que el Rey Sabio llamaba “de la sensatez”, en la que quien la alcanza es ome conplido e a toda ssu fuerça que deue auer y se convierte en ome con sseso. Pero él ya había llegado hacía tiempo.

Àlex era un hombre vital, que le gustaba la vida, vivirla. Pero la vida no le dejó. Y no nos dejó a nosotros poder vivirla con él.

*Pedro A. Perlado*  
Navidad 2012